

Uxó González, Carlos. *Representaciones del personaje del negro en la narrativa cubana: Una perspectiva desde los estudios subalternos*. Madrid: Verbum, 2010. 306 pp. ISBN: 978-84-7962-487.

Reviewed by
Pedro P. Porbén
Bowling Green State University

Para quienes hemos intentado enseñar seminarios sobre cultura Afro-Caribeña en las universidades norteamericanas, el libro Carlos Uxó González nos puede resultar un excelente punto de partida. El autor no asume que los posibles lectores están informados con las corrientes críticas teóricas que preceden y confluyen con el extenso campo de los estudios subalternos. Por el contrario, tanto en la introducción como en el capítulo primero, Uxó González desarrolla detalladamente su marco teórico, subrayando la propuesta que le anima a “recuperar al subalterno como sujeto de la historia, reconocer su agencia, analizar la relación entre poder y cultura y trazar un itinerario del silencio que permita entender cómo los grupos hegemónicos han vetado al subalterno el acceso a la enunciación” (15).

Sin ignorar todo el corpus analítico y crítico que le antecede, Carlos Uxó González comienza su capítulo introductorio subrayando la escasez actual de estudios sobre la literatura cubana desde la perspectiva de los estudios subalternos; estudios que no debe ser “sobre los subalternos, sino análisis de las dificultades para representar a los subalternos, especialmente en los discursos y prácticas del saber letrado” (15). Con influencias explícitas de Ángel Rama y Gayatri Spivak, Uxó González subraya que si bien existen análisis previos sobre “el personaje del negro en la narrativa cubana”, en su mayoría han sido intentos que carecen de una “visión de conjunto o panorámica” (13) o que se han enfocado mayoritariamente “en torno a la religión y la música” (14). Lo problemático para el autor es que de esa manera se ha prestado muy poca atención “al papel desempeñado por los letrados en la subalternización del negro” en el campo literario cubano. Y es precisamente en torno a la literatura cubana, desde la perspectiva de los estudios subalternos, que el autor propone su análisis crítico de la representación del personaje del negro, aclarando además que está “consciente de que la inclusión bajo un único término de grupos diversos es originariamente parte del discurso racista colonial” y de los riesgos que conlleva tal “homogeneización extraordinaria de experiencias disímiles” (22), pero que ha utilizado el término “negro” como “amplio hiperónimo que indica la presencia de ascendencia africana a través de rasgos fenotípicos perceptibles, independientemente de la tonalidad de la piel” (21). Además, el autor reconoce lo problemático del término “raza,” que se repite a lo largo del libro;

entendiendo por ‘raza’ “el constructo ideológico presente en casi todas las sociedades que clasifica y jerarquiza a las personas de acuerdo a la subjetiva percepción de sus rasgos fenotípicos y la subsiguiente asociación de éstos con determinadas características más o menos positivas” (22).

La introducción concluye advirtiendo al lector que éste libro no se referirá a las obras de autores cubanos radicados fuera del país.

El primer capítulo, “Bases teóricas: los estudios subalternos,” re-traza precisamente la emergencia en la década de 1980 del Grupo de Estudios Subalternos del Sureste Asiático, y la posterior formación, casi una década después, del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos (25-6). Uxó González subraya que este último grupo si bien rescata del primero la crítica a la “ventrilocuización” del subalterno a manos de las élites nacionales (26-7), termina por distanciarse describiéndose como intrínsecamente ligado al contexto cultural y político concreto de Latinoamérica (27), además de acentuarse en el grupo los análisis de las formas en que existe y se recrea la subalternidad como fenómeno contemporáneo y menos como la historiografía propuesta por sus predecesores (27). Con menciones esporádicas a la Revolución Cubana, el capítulo primero transita también por los aportes de Antonio Gramsci, Ángel Rama, Edward Said, Michel Foucault, Mabel Moraña, Hugo Achugar, Beatriz Sarlo, Nelly Richard, etc., al complejo campo de los estudios culturales y subalternos. En sus últimas páginas, el capítulo nos recuerda que estas bases teóricas servirán como punto de partida a una lectura de la narrativa cubana y la representación del personaje del negro, “trazando su itinerario de silencio” en la literatura cubana (45).

El capítulo segundo comienza con una revisión historiográfica, puntualmente documentada, de la presencia del ‘negro’ en Latinoamérica colonial. Aunque no comienzan aún los análisis de la literatura cubana, sí se presta atención a las condiciones socio-económicas y culturales que provocaron “formas de resistencia” como el cimarronaje, que pasó de ser “un fenómeno individual,” para convertirse en un “movimiento colectivo” que dio lugar a los palenques; subrayándose la “conciencia política de los cimarrones” que ha sido negada, según Uxó González, por “la historiografía tradicional” (53). Como resultado de la proliferación de cimarrones ‘negros’ y durante la coyuntura histórica de los levantamientos en Haití, “la población blanca” cubana vivía “días de pánico” mientras que “el miedo al negro” (y el temor a la africanización de Cuba) se extendía por todas la isla a la vez que la “presión policial se [acrecentaba]” temiéndose una “inminente rebelión negra” (56-7, 59). Uxó González enfatiza cómo al correr del siglo XIX, en la medida en que se va creando la conciencia independentista en una “comunidad imaginaria” ahora como nación, se intentó sustituir la identidad racial por una identidad política que a la postre resulta en un fracaso (63). Y aunque en 1870 se publica la Ley de Abolición de la Esclavitud (68), no desaparecieron “las diferencias abismales” entre los grupos raciales que formaban la nación (72); de hecho, ninguna de las leyes promulgadas en la época promovió la justicia social ni mucho menos la “integración del negro a la sociedad cubana en transformación (72).

Citando los trabajos de Alejandro de la Fuente, Uxó González afirma que “la línea de división racial y la consecuente discriminación racial” del negro se prolonga durante el período republicano (77). De hecho, si bien la fundación de la República se basó en la idea de una “democracia racial,” que supondría la creación de espacios para la participación social del negro, lo que se (re)produjo fue el mito de “una nación con todos para el bien de todos” muy alejado de la realidad; mito que consideraba la discriminación racial como algo ‘no cubano,’ silenciando por tanto las críticas abiertas al racismo institucional (78). Es decir, “para la mayoría de los sectores afrocubanos (así como el Partido Comunista y el movimiento obrero radical a partir de los años veinte) la democracia racial se presentaba más como aspiración que como logro” (81). Por tanto, “la discriminación racial,” según Uxó González, “se percibía como una realidad que no se podía esconder y era necesario discutir y combatir” (81).

Con el triunfo de la Revolución en 1959, se retoman los discursos sobre la discriminación racial, considerándose desde el comienzo que “el racismo [era] una rémora del sistema económico y social que primero España y después Estados Unidos habían impuesto en la isla” (109). Se asumió entonces, como explica Uxó González, que la nueva sociedad, a través de su modelo del hombre nuevo, asfixiaría finalmente el racismo en Cuba (109).

Si dentro de esa nueva sociedad el racismo se daba por liquidado, “la opción más sensata parecía ser el imponer un manto de silencio sobre cualquier discusión relacionada con este tema” (110). En la década de 1980, el propio Fidel Castro que había dado por terminado el problema racial en la Cuba revolucionaria, reconoció públicamente “la pervivencia del racismo en Cuba y la necesidad de combatirlo”, pero a través de la integración de todos los componentes étnicos al núcleo de dirección del Partido Comunista (120).

Con el colapso el llamado Campo Socialista europeo a fines de esa década, las medidas de control económico no dejaron de tener su impacto en las relaciones raciales en la isla (121). Uxó González explica que si bien se desarrolló la industria turística en las décadas siguientes, se produjo a la vez un “blanqueamiento de los trabajadores del sector” bajo la influencia de los “empresarios extranjeros” que vetaban la presencia de negros en los hoteles buscando una “buena presencia” que “era inversamente proporcional a la oscuridad de la piel” (122). Según el autor, cerradas al negro las vías principales de acceso al recién despenalizado dólar estadounidense, éste se vio forzado a recurrir a “la economía informal” a través del “jineterismo” (prostitución) tanto masculino como femenino (123). A fines de la década de 1990, de nuevo Fidel Castro reconoce “ante periodistas estadounidenses la pervivencia de la discriminación en Cuba... opinión que reiteraba en el año 2000 también para un público extranjero” (126-7). Al final del capítulo, Uxó González concluye afirmando que “el espejismo de la igualdad racial, de aquella ‘república con todos y para todos’ se alejaba una vez más” (131).

En el capítulo tercero comienza, finalmente, los análisis de la literatura cubana colonial, haciéndose eco de las críticas que de ésta hizo José Antonio Portuondo quien le recriminaba ser una “literatura filantrópica, lacrimógena, en la que el negro esclavo sufre con ‘resignación cristiana’ las más atroces torturas sin un solo gesto de rebeldía” (citado en 137). En este capítulo, a través de comentarios rápidos y generales, Uxó González entra y sale de lo que él considera como el “primer ciclo de la literatura abolicionista,” compuesto por autobiografías, novelas y cuentos cortos, incluyendo obras de Francisco Manzano, Félix María Tanco y Bosmeniel, Cirilo Villaverde y Anselmo Suárez y Romero. Inmediatamente comienza una revisión rápida de la narrativa republicana, en la cual el personaje del negro queda suspendido en la división dicotómica que marca a los escritores del período: intelectualidad blanca–población afrocubana (158). Según Uxó González los escritores, abrumadoramente blancos, se muestran en conjunto “incapaces de romper con esa dicotomía,” desde sus “ciudades letradas que nunca abandonan” y sin cuestionarse sus posiciones hegemónicas, impiden “escuchar la voz del negro, subsumida en esa voz blanca que quiere explicar (pero no llega a comprender) el mundo afrocubano” (158). Como ejemplo, Uxó González ofrece a Fernando Ortiz, el cual, “como el resto de los narradores de la República, constituye un eslabón en una comunidad hegemónica empeñada en ‘hablar de’ y ‘hablar por’ el negro... incapaces de crear un mestizaje cultural creíble, sus trabajos resultan cada más discordantes con una sociedad en la que el mestizaje social y la ideología del mestizaje adquieren una creciente importancia” (159).

Uxó González menciona además los trabajo de Lydia Cabrera, Alejo Carpentier y Gerardo del Valle, antes de comenzar con la narrativa de la Revolución; esta narrativa, marcada por los profundos cambios sociales que promovieron el papel de los artistas e intelectuales en la nueva sociedad que empezaba a construirse, estará –a partir de la década de 1960– completamente ligada al proceso revolucionario (175-176). De hecho, Uxó González comienza mencionando brevemente las “novelas del exorcismo” revolucionario de dos ‘autores blancos,’ “Bertillón 166” de José Soler Puig y “El Sol a plomo” de Humberto Arenal (177), antes de pasar a su primer ejemplo de la representación del negro en la narrativa del período por un autor afrocubano.

Con su novela “Adire y el tiempo roto,” su autor Manuel Granados, “lanza un ataque frontal a la discriminación racial antes y después de la Revolución” a través del proceso vivencial de Julián, el personaje principal, quien aparece como perseguido por “la percepción social que no deja de verle como ‘un asqueroso negro é mierda’”; intento narrativo que según Uxó González trata de “ahondar en los efectos que la posición subalterna del negro en la sociedad cubana” produce en los sujetos afro-descendientes (183). Por otro lado, Uxó González analiza la novela de Manuel Cofiño, “Cuando la sangre se parece al fuego,” en la cual “Revolución y religión afrocubana se presentan como polos antitéticos –representativos respectivamente de un ‘mundo que está muriendo’ y la nueva sociedad emergente, dispuesta a aceptar a quienes desechan concepciones ‘precientíficas’ de la vida” (188). Sin embargo, como afirma el autor, y

aunque a finales de la década de 1980 “la narrativa cubana había asumido un silencio casi absoluto en torno al tema afrocubano” con los narradores “centrados en una reformulación estético-ideológica,” es este un momento en que comienza “a emerger una nueva generación de escritores” nacidos después de la Revolución y educados en ésta (195). A esa nueva generación se dedica el capítulo cuarto.

“Los novísimos” renovadores de la narrativa cubana, centrados en la marginalidad y con un marcado afán de ruptura formal (200), se consideran como “un puente entre la generación del 80 y la del 90,” y entre sus temas destacan “por su especial importancia” cuestiones relacionadas con la sexualidad, la participación cubana en Angola, la crisis económica y la creación literaria en sí misma (208). No obstante, como lamenta Uxó González, los novísimos dejan de lado “casi por completo cuanto pudiera relacionarse específicamente con la población negra, irónicamente el sector social que más ha sentido en sus propias carnes los avatares del Periodo Especial y que conforma en Cuba, si se me permite la redundancia, la subalternidad más subalterna” (226).

El libro cierra con un capítulo de conclusiones que al repasar la promesa de un análisis literario desde los estudios subalternos –trazando un ‘itinerario de silencio’ y subrayando el mutismo que se impone a las clases subalternas en la narrativa cubana desde la colonia hasta la Revolución– pone énfasis en la escasez de tales análisis críticos sobre la narrativa cubana, pues se privilegia, con ansiosa insistencia en casi la totalidad de un tercio del libro, la re-creación de un marco teórico y la revisión historiográfica resultante de trabajos investigativos que preceden al volumen. Lo cual no quita necesariamente el mérito a este libro de ser un excelente punto de partida en los análisis de las representaciones del personaje del negro en la narrativa cubana.